

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA Y JURISDICCION

JULIO JIMENEZ BERGUECIO, S. J., **La Penitencia, sacramento constitutivamente jurisdiccional**, Universidad Católica de Chile, Santiago 1975, 1 vol. de 143 págs.

Dentro de un programa de publicaciones que titula **Anales de la Facultad de Teología**, la Universidad Católica de Chile edita cada año sendos volúmenes de trabajos de investigación pertenecientes al campo de la Teología, elaborados principalmente por profesores de la misma Facultad. Esta colección está dirigida por el P. Julio Jiménez Berguecio, S. J., autor del cuaderno que presentamos, correspondiente al volumen XXV y año 1974.

El cuaderno contiene una **Introducción** y cuatro apartados que llevan estos títulos: **Presupuesto de hecho: la reconciliación con la Iglesia como «res et sacramentum»**. — **¿No tiene la potestad «de jurisdicción» contenido alguno positivo realmente distinto de la «de Orden»?** — **Objeto propio de cada potestad y genuina relación entre ellos**. — **Inexistencia de los imaginarios procedentes «negativos» que han sido alegados**. Siguen dos apéndices en los que estudia (I) la índole judicial de la Penitencia según Trento, y (II) la necesidad de confesar los pecados y las confesiones genéricas o incompletas, para terminar con un índice de autores y materias.

Entre los propósitos de Jiménez Berguecio al abordar este tema está el de defender el carácter judicial del Sacramento de la Penitencia, ya definido en el Concilio de Trento contra los protestantes que negaban la necesidad **ex iure divino** de confesar los pecados al sacerdote y el sacramento mismo, después de no pocas vacilaciones en decir y desdecir, ya que Lutero admitió prácticamente hasta la Navidad de 1521 «este sacramento de la confesión saludabilísima» (**Confitendi ratio**, en *Werke* (Weimar), VI, p. 165), «necesaria y divinamente mandada» (**De captivitate babilonica**, en *Werke*, VI, p. 546). Dado que algunos autores recientes (Charles, R. Franco, F. Gil de las Heras, G. Flórez García, etc., a los que cita en p. 114, 115, 86...) consideran que una interpretación propiamente judicial de la enseñanza conciliar de Trento, no se compagina con el ambiente cultural en el que se movían los Obispos del siglo XVI que formularon esta doctrina de fe, Jiménez Berguecio se enfrenta una vez más con la cuestión. Y para responder a las objeciones de estos autores, analiza con detalle la noción propia de juicio que, ciertamente, no era ajena a aquellos Padres del Concilio, ni tampoco a los grandes maestros que les precedieron, como se advierte al examinar el pensamiento de Santo Tomás (p. 89 ss.).

No se limita, pues, a un estudio puramente históri-

co, sino que, tanto la doctrina de Trento como la enseñanza de Santo Tomás, son puntos de partida que confluyen en una línea homogénea en orden a enjuiciar con base firme las reinterpretaciones modernas, contrastándolas entre sí, para dejar clara su inconsistencia y la novedad anacrónica que suponen.

Todavía más. Puesto que en el Sacramento de la Penitencia la potestad de Orden y la potestad de jurisdicción concurren **in solidum** para que el ministro pueda ejercer lícita y válidamente el poder de perdonar pecados otorgado por Cristo a los Apóstoles y legítimos sucesores, el autor trata de explicar contra Rahner y otros (cfr. p. 35 ss.) que la potestad de jurisdicción es algo real y positivo, no un mero no estar ligada la potestad de Orden por la potestad vicaria de las autoridades jerárquicas.

El autor ha puesto en claro el carácter judicial del Sacramento de la Penitencia, conforme a la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, y esto queda destacado particularmente en el apéndice I, donde estudia con detenimiento la doctrina del Concilio de Trento (cfr. p. 79-123). Esto es importante y hay que subrayar la intención del autor. Y del carácter judicial se sigue la necesidad de confesar los pecados al sacerdote, que es su consecuencia más importante (cfr. J. SANCHO, **Necesidad «ex iure divino» de la confesión de los pecados en el Sacramento de la Penitencia**, en *Sobre el Sacramento de la Penitencia y las absoluciones colectivas*, ed. Eunsá, Pamplona 1976, p. 93).

En lo que no nos parece tan afortunado es en haber orientado el desarrollo de la investigación sobre el presupuesto (cfr. p. 19) de que **res et sacramentum** del Sacramento de la Penitencia sea «la reconciliación con la Iglesia», al menos tal y como lo interpreta el autor. Da la impresión de que se ha dejado llevar por un noble interés, pero interés al fin, de la teoría de Maurice de la Taille, a quien la atribuye, casi con pasión, frente a los que se la adjudican a Xiberta, discípulo de la Taille, y que la divulgó en 1922 (Bartolomé de XIBERTA, **Clavis Ecclesiae. De ordine absolutionis sacramentalis ad reconciliationem cum Ecclesia**, Roma 1922). Cfr. p. 16 ss.

El autor silencia (cfr. p. 24, n. 30) que Santo Tomás señala como **res et sacramentum** de la Penitencia la **poenitentia interior peccatoris** (**Sum. Th.**, 3 q 84 a 1 ad 3), a pesar de que estaba mucho más próximo al estatuto penitencial antiguo, cuya estructura podía dar pie, con mayor motivo, a dicha teoría. Lo cual es bien significativo. Y tiene su razón teológica de ser porque, para la confección del sacramento, por parte del sujeto beneficiario, es suficiente la atrición del penitente que se completa **ex opere operato** con la absolución del ministro, siendo **res et sacramentum** de la gracia final o **res tantum** (cfr. Marcolino DAFFARA, **De sacramentis**, ed. Marietti, Turin 1944, p. 500). Como también es significativo el que Galtier y otros autores que cita (p. 23 ss.), buenos conocedores de los problemas de la Penitencia, no hayan aceptado la teoría de la Taille y de Xiberta.

De ahí resulta, y es la impresión que se saca al leer este trabajo aunque el autor alguna que otra vez parece querer prevenir esta consecuencia que viene a deducirse de modo inevitable, una noción de pecado que tendría primariamente dimensión eclesiológica —la teológica vendría en segundo lugar—, cosa de todo punto inaceptable. El pecado es esencialmente ofensa a Dios y, por redundancia, ofende también a la Iglesia. Como dice bien el Concilio Vaticano II, «qui vero ad sacramentum poenitentiae accedunt, veniam offensio-nis Deo illatae ab Eius misericordia obtinent et simul reconciliantur cum Ecclesia, quam peccando vulneraverunt» (Const. dogm. **Lumen gentium**, núm. 11 b). Que es lo que había expresado San Buenaventura, en un texto que recoge Xiberta (cfr. o.c. p. 90), a propósito del sujeto a quien se dirige la satisfacción sacramental: «Quoniam peccator ipsum offenderat et etiam damnificaverat eius Ecclesiam; commisit Dominus iudiciariam potestatem super peccatores rectoribus Ecclesiae et in eos compromisit tamquam in arbitros, ut sic innotescat voluntas Dei poenitentibus per sacerdotes, et per illos imponatur poena peccatoribus, et Domino satisfiat **principaliter** et Ecclesiae **per consequens**. Unde satisfactio proprie de peccato fit ipsi Deo, tamen per Ecclesiam et in Ecclesia» (In IV Sent., d 15, part. II, a 1 q 2 concl.). Xiberta no cita el pensamiento de Santo Tomás sobre la **res et sacramentum** (cfr. o.c. p. 85,88-90), cita otros lugares de las Sentencias, y lo mismo a Santo Tomás que a San Buenaventura los ascribe a su teoría.

De ahí resulta asimismo que, si la reconciliación jurídica con la Iglesia, simplemente jurídica, dice el autor (cfr. p. 20-21), es la que con prioridad reconcilia con Dios, no se sabe cómo uno que está separado de la Iglesia (excomunión, cisma, herejía) pueda conseguir la gracia de la conversión y salvarse, en casos de emergencia y posibilidades que todos reconocen, como efecto de la gracia de Dios mediante la contrición perfecta; o, por el contrario, puede ocurrir el fenómeno aparente de reconciliación con la Iglesia y no quedar reconciliado con Dios por invalidez del sacramento, que es puramente extrínseco y simulado por parte del pecador; en fin, que no se sabe qué es esa reconciliación simplemente jurídica. No es lo mismo, pues, decir que Cristo ha institucionalizado el perdón de los pecados en la Iglesia y mediante la Iglesia, cosa que no puede discutirse, que decir que la **res et sacramentum** del Sacramento de la Penitencia es la simplemente jurídica reconciliación con la Iglesia.

Pienso que la argumentación hubiera sido mucho más sólida partiendo del propio texto institucional (cfr. lo 20.23), como lo hace Trento, deduciendo con toda lógica —y es la interpretación del Magisterio— el carácter judicial del sacramento y la necesidad de la confesión, que son los problemas claves que están en juego (cfr. Concilio de Trento, ses. XIV, cap. 5, en Dz 899/1679 ss; cap. 6, en Dz 902/1684-1685; c. 9, en Dz 919/1709). Extrañamente el texto de San Juan sólo

aparece citado con ocasión de una referencia de De la Taille (p. 30).

Comprendo que el autor tiene por delante las posiciones de Rahner y otros que niegan la realidad positiva de la potestad de jurisdicción; pero no parece el camino más acertado para remover las objeciones de manera radical, como se pretende, el emprendido por Jiménez Berguecio. Como él mismo reconoce, no es necesario este planteamiento para defender la tesis fundamental que persigue (p. 15, n. 9), y yo añadiría que ni es posible. Por otra parte, no se ve ningún inconveniente, dentro de la teoría de la ligazón de potestad de Orden que defiende Rahner, en admitir el contenido positivo de la potestad de jurisdicción que la Iglesia suspende cuando liga, y otorga cuando concede jurisdicción no impedida o restringida en ciertos casos o pecados. El que Rahner no lo entienda así, no obliga a usar recursos que tampoco son válidos. Como tampoco lo es el de Galtier, que niega que en la Penitencia haya **res et sacramentum**, citando las Sentencias de Santo Tomás que es obra inscrita en la época de la causalidad dispositiva de los sacramentos (**ornatus**), y diciendo que ese teológmeno sólo vale para el carácter de los sacramentos consecratorios (cfr. P. Galtier, **De Paenitentia**, Roma 1950, p. 341-342, núm. 396). Entre otras cosas vale para la Eucaristía, como muy bien puntualiza Jiménez Berguecio, en donde la presencia real y substancial del Cuerpo de Cristo es **res et sacramentum**, extendiéndose de ella a los demás sacramentos. Y en este punto Santo Tomás mantiene idéntica posición en las Sentencias y en la Suma Teológica: **poenitentia interior peccatoris**, como hemos señalado más arriba.

Posiblemente ha influido también en este planteamiento el no haber cuidado lo suficiente el valor de la analogía, como cuando habla de la Iglesia «sacramento primordial» (p. 23 ss.). En este y otros casos (cfr. p. 107-108) se trata de expresiones analógicas y como tales hay que administrarlas, sin darles menos alcance del que tienen, pero tampoco más. Si no se respeta la analogía en su justa medida, pueden oscurecerse los problemas y llegarse a conclusiones desafortunadas.

Otro reparo que se podría señalar es el de algún desliz terminológico. Por ejemplo, se dice que la «Eucaristía es alimento sacrificial en pan y vino» (p. 11, párrafo 3). Como es sabido, la terminología clásica afirma que la Eucaristía es un sacrificio sacramental bajo las especies de pan y vino (cfr. R. Garrigou-Lagrange, **De Eucharistia**, Turin 1948, p. 17,25, etc.).

Finalmente, para no entrar en otros problemas y no alargarnos, una observación sobre el estilo. Ganaría mucho en claridad y fuerza, si se evitasen tantos entremetidos y guiones que, por ser constantes, hacen enojosa la lectura.

Después de las cosas indicadas, algunas de las cuales tienen incidencia en la valoración doctrinal, nos extraña que con tanto aparato argumental y, a nuestro juicio, contra la intención primordial del autor, venga a parar en conclusiones que no se pueden compartir.

Efectivamente, en el Apéndice II se desearía que el autor, por una vez al menos, hubiese citado este párrafo de las **Normae Pastorales**, tan claro y taxativo: «Individualis et integra confessio atque absolutio manent unicuique modis ordinariis, quo fideles se cum Deo et Ecclesia reconciliant, nisi impossibilitas physica vel moralis ab huiusmodi confessione excuset» (**Normae Pastorales**, I, en AAS 64 (1972) 511; cfr. **Ordo Paenitentiae**, núm. 31, que comienza con esta cita literal).

De haber tenido presente esta Norma y otras indicaciones del mismo documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, que viene a substantiar en ella la doctrina irreformable y **perpetuo servanda** del Concilio de Trento (cfr. Concilio Tridentino, ses. XIV, prooemium, en Dz 893 a/1667), que tan profusamente ha estudiado el autor en el Apéndice I, no hubiese incurrido en dos graves inconsecuencias:

1.º Cuando dice que la administración del Sacramento, «sin confesión detallada hecha por cada uno en particular, es apropiada para grandes muchedumbres —sobre todo en casos de peregrinaciones, festividades extraordinarias, etc.; y también en casos más corrientes, donde hay poco clero» (p. 132-133). Si el autor lee las **Normae Pastorales** (núm. 3), y el **Ordo Paenitentiae** (núm. 31), que la recoge, podrá ver que en esos casos está explícitamente reprobado impartir la absolución colectiva.

2.º Realizar los actos que componen el sacramento de la Penitencia por parte del penitente (contrición, confesión, satisfacción) en sucesivos y reiterados momentos a lo largo de la Cuaresma, Adviento, temporadas (que ya no existen en el Calendario litúrgico actual), para terminar con la absolución colectiva en el día de Jueves Santo u otras fechas cuaresmales o de otro tiempo litúrgico (p. 133-134). Y todavía sorprende más la nota que añade, diciendo que «quizás no esté de sobra, pese a ser tan obvio, recordar que teológicamente no hay dificultad alguna para que en tales casos se estableciera el que pudiera ser uno el sacerdote que oyera la «acusación» de los pecados y diera los consejos y la «satisfacción» apropiados, y otro diverso el que impartiera la «absolución» sacramental» (p. 134, n. 220).

Sorprende este epílogo con el que termina el autor su trabajo. Para eso, no nos hace falta el carácter judicial del Sacramento de la Penitencia y toda la doctrina de Trento, fielmente mantenida en los posteriores documentos, también en el **Ordo Paenitentiae**. ¿Dónde está entonces el **incognita causa** de la Sesión XIV? ¿De verdad que no hay dificultad alguna teológica? ¿De verdad que eso era frecuentísimo en los primeros siglos de la Iglesia? ¿Dónde constan esos datos y ese **modus procedendi** del estatuto penitencial antiguo?

El autor sabe muy bien que en Teología hay que ajustarse al Depósito de la Fe, interpretado por el Magisterio de la Iglesia.

Jesús SANCHO BIELSA

FORMACION SACERDOTAL Y DERECHO CANONICO

HUGO SCHWENDENWEIN, **Priesterbildung im Umbruch des Kirchenrechts**. Die «Institutio Sacerdotalis» in der vom II. Vaticanum geprägten Rechtslage, Kirche und Recht 9, Beihefte zum Österr. Archiv für Kirchenrecht, 1 vol. de XXII+256 págs., Verlag Herder, Wien, 1970.

Como nos indica el subtítulo, la presente obra —que ha sido distinguida con el premio Cardenal Innitzer en 1969— pretende estudiar la «Institutio Sacerdotalis» en la situación jurídica creada por el Vaticano II. En el prefacio, el autor nos da cuenta de sus intenciones: pretende estudiar el derecho relativo a la formación sacerdotal en el contexto de cambio radical del derecho canónico provocado por el Vaticano II. Tiene en cuenta la legislación anterior sobre la cuestión. Sin embargo, considera como disciplina fundamental para saber cuáles son los nuevos rumbos y posibilidades de la formación sacerdotal la Teología práctica (Teología pastoral). El derecho canónico viene en segundo lugar para organizar e interpretar este material. En nota cita el compendio de Pastoral publicado por Arnold para indicar cuál es la función del derecho canónico.

El primer capítulo de la obra es de carácter general. Esto es indicado por su mismo título: el derecho conciliar sobre los seminarios y el nuevo estilo del derecho canónico. Su primera tesis es que la investigación sobre el derecho relativo a la formación sacerdotal debe partir del estudio del Decreto **Optatam totius**. Este Decreto tiene valor para toda la Iglesia, es una expresión de la renovación conciliar y se caracteriza por un progreso en la continuidad. Además se admite la descentralización de la legislación o la sustitución del principio de unificación por el de subsidiariedad. De este modo la formación sacerdotal puede adaptarse a las necesidades de los países donde los sacerdotes deben ejercitar su ministerio. En este sentido señala la competencia de las Conferencias episcopales y de cada obispo, y la necesidad de la coordinación de la competencia de las Conferencias episcopales con la responsabilidad diocesana y la visión de toda la Iglesia.

El autor ve en esto el paso de un sistema jurídico estático a un sistema jurídico dinámico. Reconoce que siempre se ha admitido una adaptación de las normas canónicas a las nuevas situaciones de la Iglesia, pero hasta ahora los cambios nunca habían sido tan radicales. La doctrina de este Decreto conciliar puede ser una aportación válida a la formalización de un sistema jurídico más dinámico, no sólo en lo que atañe a la formación sacerdotal, sino también en otros campos del derecho de la Iglesia.

Tras estas consideraciones genéricas, el autor afirma que las normas sobre la formación sacerdotal se deben confrontar constantemente con cada situación concreta. Esta confrontación de las normas con las